

## LA MUERTE Y LA CARNE

“Venían del paseo por la carretera que llevaba al centro, junto con los educadores que los cuidábamos. Desde las rejas del patio de un colegio de niños, una pequeña contemplaba con extrañeza la marcha de nuestra rutinaria comitiva. Los muchachos se internaron en el edificio de la residencia y fueron guiados por nosotros hacia los comedores, pues el reloj ya marcaba las dos del mediodía. Una vez sentados en el comedor, comenzamos a servirles una sopa demasiado caldosa en la que la carne se echaba de menos. Como compensación, de segundo plato había filetes con patatas fritas. Los chicos, como siempre, empezaron a devorarlos de forma compulsiva. Ese día Carlos estaba a mi derecha. En ese momento, el único educador presente, de los escasos que había para atenderles, era yo. Fui a por una jarra de agua hasta la gran cocina, cuando escuche unos sonidos estrangulados que venían de la garganta de Carlos. Me di la vuelta y empecé a correr hacia la mesa del comedor donde se encontraba. Su cuerpo, deformado por la deficiencia, se retorció de forma espasmódica. No pude hacer nada. Metí mi ancha mano hasta lo más profundo de su garganta y saqué el enorme pedazo de filete de entre sus dientes. Ya había muerto”. - Nos contaba, mientras comíamos un grasiento codillo con patatas en el restaurante de la gasolinera del pueblo. La conversación de las tres cambió hacia un tono más jovial, mientras él se quedaba ido por el trauma. Las risas en el establecimiento se sucedían y yo miraba su cara

absorta, mientras pensaba que la vida estaba pintando un gran cuadro absurdo en el que el transcurrir de la misma, con sus risas, de alguna forma profanaba el golpe emocional de éste. El sonido de las copas de rojo vino que acompañaban a la imagen de la vajilla puesta sobre la blanca mantelería me transportó hacia mis más dormidos recuerdos. Los rojos números electrónicos de la gran carnicería del supermercado se sucedían en el marcador mientras yo , acompañada de una mujer mayor, estaba a la espera de que nos llegase el turno. El mostrador estaba repleto de las más variadas carnes; Conejos, trozos de ternera, cordero, zancas de pollo, picados con el precio en una banderilla, se exhibían tras el cristal del escaparate. El cadáver de mi madre yacía en la morgue del hospital desde hacía media hora y yo estaba en la carnicería esperando mi turno porque esa noche tenía que comerme un filete.